

Tony Judt es historiador. Recientemente se ha publicado su libro *Posguerra* (Taurus, 2007). Este artículo apareció en *The New York Review of Books* 50, 16 (23 octubre 2003).

Israel: la alternativa

Tony Judt

El proceso de paz para Oriente Próximo está acabado. No ha muerto, ha sido asesinado. Mahmud Abbas fue socavado por el presidente de la Autoridad Palestina y humillado por el primer ministro de Israel. A su sucesor le aguarda una suerte similar. Israel continúa burlándose de su patrón estadounidense, construyendo asentamientos ilegales en una desconsideración cínica de la «hoja de ruta». El presidente de los Estados Unidos de América se ha visto reducido a un muñeco ventrílocuo, recitando lastimosamente el papel del gabinete israelí: «Todo es culpa de Arafat». Los mismos israelíes esperan de forma lúgubre al siguiente acto terrorista. Los árabes palestinos, encerrados en *bantustanes* menguantes, subsisten gracias a las ayudas de la Unión Europea. En el paisaje del Creciente Fértil, esparcido de cadáveres, Ariel Sharon, Yasir Arafat y un puñado de terroristas, pueden clamar victoria y lo hacen. ¿Hemos llegado al final del camino? ¿Qué se debe hacer?

En los albores del siglo XX, en el ocaso de los imperios continentales, los pueblos sometidos de Europa soñaban con formar naciones-estado, patrias territoriales en las que los polacos, los checos, los serbios, los armenios y otros pudieran vivir en libertad, dueños de su propio destino. Cuando los imperios de los Habsburgo y los Romanov cayeron después de la Primera Guerra Mundial, sus líderes aprovecharon la oportunidad. Emergió una oleada de nuevos Estados, y lo primero que hicieron fue privilegiar a sus mayorías «étnicas» nacionales –definidas por la lengua, la religión, la antigüedad, o las tres cosas a la vez– a expensas de las inconvenientes minorías locales, a las que se les consignó un estatuto de segunda clase, extranjeros permanentemente residentes en su propia casa.

Pero un movimiento nacionalista, el sionismo, vio frustradas sus ambiciones. El sueño de un hogar nacional judío adecuadamente establecido en medio del difunto imperio turco tuvo que esperar hasta la retirada del imperio británico, un proceso que duró más de tres décadas y una segunda guerra mundial. Y, así, no fue hasta 1948 cuando se creó el estado-nación judío en la antigua Palestina otomana. A pesar del retraso, los fundadores del Estado judío estaban influidos por los mismos conceptos y categorías que sus contemporáneos de *fin-de-siècle* de Varsovia, Odessa o Bucarest. No es sorprendente que la autodefinición etno-religiosa de Israel y su discriminación contra los «extranjeros» del interior, hayan tenido siempre más en común con, digamos, las prácticas de la Rumanía posterior a los Habsburgo de lo que cualquiera podría estar dispuesto a reconocer.

Resumiendo, el problema con Israel no es, como a veces se sugiere, que sea un enclave «europeo» en el mundo árabe. Más bien es que llegó demasiado tarde. Ha importado un proyecto separatista típicamente de finales del siglo XIX en un mundo que ha avanzado, un mundo de derechos individuales, fronteras abiertas y derecho internacional. La misma idea de un «Estado judío» –un Estado en el que los judíos y la religión judía tengan privilegios exclusivos de los que los ciudadanos no judíos están excluidos para siempre– tiene sus raíces en otro tiempo y en otro lugar. En pocas palabras, Israel es un anacronismo.

Sin embargo, Israel tiene una característica esencial que lo distingue de los micro-Estados inseguros y defensivos nacidos de la caída de un imperio: es una democracia. De ahí su dilema presente. Como resultado de la ocupación de las tierras conquistadas en 1967, Israel tiene que hacer frente a tres elecciones poco atractivas. Puede dismantelar los asentamientos judíos en los territorios ocupados, volver a las fronteras estatales de 1967 dentro de las cuales los judíos constituyen una clara mayoría, y seguir así siendo un Estado judío y una democracia, aunque con una comunidad constitucionalmente anómala de ciudadanos árabes de segunda clase.

Alternativamente, Israel podría continuar ocupando «Samaria», Judea y Gaza, cuyas poblaciones árabes –añadidas al Israel actual– se convertirían en la mayoría demográfica dentro de cinco a ocho años, en cuyo caso Israel sería o bien un Estado judío (con una mayoría cada vez mayor de no judíos no emancipados) o bien una democracia. Pero lógicamente no podría ser ambas cosas.

O, la tercera opción, Israel podría mantener el control de los Territorios Ocupados, pero para eso tendría que librarse de la aplastante mayoría de población árabe, bien por medio de la expulsión forzosa o por la privación de tierras y medios de vida, lo que les dejaría sin otra opción que el exilio. De esta forma, Israel podría verdaderamente seguir siendo tanto judío como, al menos formalmente, democrático, aunque al coste de convertirse en la primera democracia moderna que lleva a cabo una limpieza étnica a gran escala como proyecto de Estado, algo que condenaría a Israel para siempre al estatuto de Estado fuera de la ley, un paria internacional.

Cualquiera que suponga que esta tercera opción es impensable, especialmente para un Estado judío, no ha observado con suficiente detenimiento la adición progresiva de asentamientos y la incautación de tierras en Cisjordania durante el pasado cuarto de siglo, o escuchado a los generales y políticos de la derecha israelí, algunos de ellos en el gobierno en la actualidad. El centro de la política israelí en estos momentos está ocupado por el Likud. Su mayor componente es el partido Herut del difunto Menahem Begin. El Herut es el sucesor de los Sionistas Revisionistas de entreguerras de Vladimir Jabotinsky, cuya indiferencia intransigente hacia las exquisiteces legales y territoriales llevó a los sionistas de izquierdas a calificarlo de «fascismo». Cuando se escucha al viceprimer ministro de Israel, Ehud Olmert, insistir con orgullo en que su país no ha excluido la opción de asesinar al presidente electo de la Autoridad Palestina, está claro que la etiqueta se ajusta mejor que nunca. El asesinato político es lo que hacen los fascistas.

La situación de Israel no es desesperada, pero puede estar cercana a la desesperanza. Los terroristas suicidas nunca derribarán el Estado israelí, y los palestinos no tienen otras armas. Es cierto que hay árabes radicales que no descansarán hasta que todos los judíos hayan sido empujados al Mediterráneo, pero no representan una amenaza estratégica para Israel, y los militares israelíes lo saben. Lo que los israelíes sensatos temen más que Hamás o las Brigadas de Al-Aqsa es el surgimiento constante de una mayoría árabe en el «Gran Israel», y sobre todo la erosión de la cultura política y la moral cívica de su sociedad. Como el destacado político laborista Abraham Burg escribió recientemente, «después de dos mil años de lucha por la supervivencia, la realidad de Israel es la de un Estado colonial, dirigido por una camarilla corrupta que se burla de la ley y la moralidad cívica». ¹ A menos que algo cambie, en media década Israel no será ni judío ni democrático.

1. Véase el artículo de Burg, «La révolution sioniste est morte», *Le Monde*, 11 de septiembre de 2003. Antiguo jefe de la Agencia Judía, el escritor fue presidente de la Knesset, el parlamento de Israel, entre 1999 y 2003, y en la actualidad es miembro del Partido Laborista en la Knesset. Su artículo apareció primero en el periódico israelí *Yedioth Aharonot*, y ha sido ampliamente publicado en otros medios, destacando *Forward* (29 de agosto de 2003) y el *London Guardian* (15 de septiembre de 2003).

Aquí es donde entran los Estados Unidos. El comportamiento de Israel ha supuesto un desastre para la política exterior norteamericana. Con el apoyo de EEUU, Jerusalén ha desobedecido, de forma sistemática y descarada, las resoluciones de la ONU en las que se le exigía retirarse de los territorios ocupados. Israel es el único país de Oriente Próximo que cuenta con armas de destrucción masiva. Haciendo la vista gorda, Estados Unidos ha dinamitado sus propios esfuerzos desesperados para evitar que estas armas caigan en manos de otros Estados más pequeños y potencialmente beligerantes. El apoyo incondicional de Washington a Israel, a pesar de los recelos silenciosos, es la razón más importante por la que la mayor parte del mundo no cree en nuestra buena fe.

Los que están en una posición privilegiada para conocer lo que pasó, aceptan tácitamente que las razones para invadir Irak no fueron necesariamente las que se hicieron públicas en su momento.² Para muchos miembros de la actual administración norteamericana, la mayor consideración estratégica era la necesidad de desestabilizar la región y después reconfigurarla de una manera que resultara favorable a Israel. Y la historia continúa. Se están dirigiendo ahora cánticos beligerantes hacia Siria porque la inteligencia israelí ha asegurado que las armas iraquíes fueron trasladadas a este país –un hecho sobre el que no existe ninguna prueba que provenga de cualquier otra fuente. Siria apoya a Hezbolá y a la Yihad islámica, que son con toda seguridad enemigos feroces de Israel, pero de ningún modo una amenaza significativa a nivel internacional. Además, Damasco ha proporcionado a los Estados Unidos información muy importante sobre Al-Qaeda. Al igual que Irán, otro objetivo de la ira israelí desde hace tiempo, y del que nos estamos alienando activamente, Siria es más útil para Estados Unidos como amigo que como enemigo. ¿Qué guerra estamos librando?

El 16 de septiembre del 2003, los Estados Unidos vetaron una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU en la que se pedía a Israel que pusiera fin a sus amenazas para deportar a Yasir Arafat. Incluso los dirigentes norteamericanos reconocen, en voz baja, que la resolución era razonable y prudente, y que las declaraciones israelíes cada vez más agresivas, llevadas a cabo por el actual liderazgo, eran el mayor impedimento para la paz. Pero, a pesar de todo, los Estados Unidos bloquearon la resolución, socavando aún más nuestra credibilidad como un actor honesto en la región. Los amigos y aliados de Estados Unidos en todo el mundo ya no se sorprenden por estas acciones, pero sí les entristecen y decepcionan.

Los políticos israelíes han contribuido activamente a crear sus propias dificultades; ¿por qué continuamos auxiliando e incitando sus errores? Los Estados Unidos han intentado presionar a Israel en el pasado, amenazando con retirar parte de la ayuda anual destinada a subvencionar los asentamientos de Cisjordania. Pero la última vez que se intentó, en los años de la administración Clinton, Jerusalén consiguió sortear el problema tomando el dinero como un «gasto en seguridad». Washington siguió con el engaño, y de los 10.000 millones de dólares otorgados en cuatro años, entre 1993 y 1997, sólo se han retirado 775 millones. El programa de asentamientos siguió adelante sin obstáculos. Actualmente ni siquiera se realiza el más mínimo esfuerzo para paralizarlo.

La negativa a hablar o actuar no favorece a nadie. Además, ha corroído el debate doméstico en los Estados Unidos. En lugar de reflexionar claramente sobre Oriente Medio, Los políticos y expertos norteamericanos calumnian a nuestros aliados europeos cuando éstos

2. Ver la entrevista al subsecretario de defensa Paul Wolfowitz en *Vanity Fair*, en el número de julio del 2003.

disienten, anuncian irresponsablemente el resurgimiento del antisemitismo cada vez que Israel es criticada, y reprochan inquisitorialmente a cualquier figura pública que trate de salirse de los márgenes establecidos del consenso.

Pero la crisis en el Oriente Medio no va a desaparecer. Probablemente el presidente Bush brillará por su ausencia en la refriega del próximo año, después de haber dicho lo justo en junio sobre la «hoja de ruta» para aplacar a Tony Blair. Pero antes o después el estadista norteamericano tendrá que decir la verdad al primer ministro israelí y encontrar una manera para que éste escuche. Los liberales israelíes y los moderados palestinos han estado insistiendo durante dos décadas que la única esperanza está en que Israel desmantele los asentamientos y vuelva a las fronteras de 1967, a cambio de un verdadero reconocimiento árabe de las fronteras y un Estado palestino estable y sin terrorismo, asegurado y controlado por Occidente y las agencias internacionales. Éste es aún el consenso convencional, que una vez fue una solución justa y posible.

Pero sospecho que ya es demasiado tarde para eso. Hay demasiados asentamientos, demasiados colonos judíos, demasiados palestinos, y todos viven juntos, a pesar de estar separados por alambres de púas y permisos de paso. Diga lo que diga la «hoja de ruta», la ruta verdadera se encuentra en el terreno, y ésta, como dicen los israelíes, refleja hechos. Podría ser posible que cerca de un cuarto de millón de colonos judíos fuertemente armados acepten abandonar voluntariamente la Palestina árabe; pero nadie que yo conozca cree que esto pueda pasar. Muchos de estos colonos están dispuestos a matar y a morir antes que abandonar. El último político israelí que intentó guiar a los judíos hacia una política de Estado fue David Ben-Gurión, que desarmó por la fuerza la milicia ilegal Irgun, liderada por Begin, en 1948, y la integró en las nuevas Fuerzas de Defensa Israelíes. Ariel Sharon no es Ben-Gurión.³

Ha llegado el momento de pensar lo impensable. La solución de los dos Estados —el núcleo del proceso de Oslo y de la actual «hoja de ruta»— es ya probablemente inviable. Cada año que pasa estamos posponiendo una opción más difícil e inevitable que sólo la extrema derecha y la extrema izquierda han tenido en cuenta hasta el momento, cada una por sus propias razones. En los próximos años, la verdadera alternativa que se presenta a Oriente Medio se sitúa entre un Gran Israel unificado étnicamente o un Estado único y binacional en el que convivan judíos y árabes, israelíes y palestinos. Así es como lo ve el sector más duro dentro del gabinete de Sharon; y es por ello por lo que están adelantando la expulsión de los árabes como una condición ineludible para la supervivencia del Estado judío.

¿Pero que pasaría si en el mundo de hoy no hubiera lugar para un Estado judío? ¿Qué pasaría si la opción binacional fuera no solamente la más posible sino también la más deseable? No se trata de una reflexión extraña. Muchos de los lectores de este ensayo viven en Estados pluralistas, que desde hace tiempo se han hecho multiétnicos y multiculturales. La «Europa Cristiana», *pace* Valéry Giscard d'Estaing, ya no existe; actualmente la civilización Occidental es un conglomerado de colores, religiones y lenguas, de cristianos, judíos, musulmanes, árabes, indios y muchos otros —como podrá comprobar cualquier visitante de Londres, París o Génova.⁴

La propia Israel es una sociedad multicultural en todo menos en el nombre; sin embargo, aún se diferencia del resto de los Estados democráticos por su reivindicación del criterio étnico, con el que denomina y clasifica a sus ciudadanos. Es una excentricidad entre las

3. En 1979, después del acuerdo de paz de Anwar Sadat, el primer ministro Begin y el ministro de defensa Sharon dieron el orden al ejército para que cerrara los asentamientos judíos en el territorio perteneciente a Israel. La agresiva resistencia de muchos de los colonos se contrarrestó con el uso de la fuerza, e incluso no hubo ninguna víctima mortal. Pero entonces el ejército se enfrentaba a 3.000 extremistas, no a un cuarto de millón, y la tierra en cuestión era el desierto del Sinaí, no la «biblica Samaria y Judea».

4. Los albaneses en Italia, los árabes y subsaharianos en Francia, los asiáticos en Gran Bretaña, y otros colectivos continúan encontrando hostilidad. Una minoría de votantes en Francia, Bélgica, Dinamarca y Noruega apoya partidos políticos cuya hostilidad a la «inmigración» es a veces su única plataforma. Pero comparado con hace treinta años, Europa es un conglomerado multicolorista de ciudadanos con igualdad de derechos, y esa, sin duda, es la forma de su futuro.

naciones modernas: no porque se trate de un Estado judío y nadie quiere que los judíos tengan un Estado –como afirman los defensores más paranoicos– sino porque se trata de un Estado judío en el que una comunidad –los judíos– se sitúa por encima de las demás, en una época en la que ese tipo de Estado no tiene viabilidad.

Durante muchos años, Israel tuvo un significado especial para los judíos. Después de 1948 acogió a cientos de miles de supervivientes desamparados que no tenían donde ir; sin la ayuda de Israel su condición habría sido desesperada en extremo. Israel necesita a los judíos y los judíos necesitan a Israel. Las circunstancias de su nacimiento han vinculado inevitablemente el país a la *Shoah*, el proyecto alemán para exterminar a los judíos en Europa. Como resultado, todo criticismo a Israel se relaciona inevitablemente con la memoria de aquel proyecto, algo que los apologistas norteamericanos de Israel son vergonzosamente rápidos para explotar. Encontrar alguna falta en el Estado judío significa pensar mal de los judíos; imaginar una configuración alternativa del Oriente Medio supone una indulgencia moral que es equivalente al genocidio.

En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los millones de judíos que no vivían en Israel se sentían seguros por su sola existencia –fuera porque lo consideraban una póliza de seguros contra el renacimiento del antisemitismo o un simple recordatorio al mundo de que los judíos lucharían y se defenderían. Antes de que surgiera el Estado judío, las minorías judías en las sociedades cristianas se mantenían en un perfil bajo; a partir de 1948 pudieron caminar con la cabeza alta. Pero en los últimos años, la situación se ha invertido de una manera trágica.

Actualmente, los judíos no-israelíes se sienten de nuevo expuestos a la crítica y vulnerables a ataques que les recriminan cosas que ellos no han hecho. Pero esta vez es un Estado judío y no un Estado cristiano el que los tiene rehenes de sus propias acciones. La diáspora judía no puede influir en las políticas israelíes, pero sus miembros son implícitamente identificados con éstas, aunque sólo sea por la insistencia de Israel en su lealtad. El comportamiento de un Estado que se denomina judío afecta la manera en la que todo el mundo mira a los judíos. Los ataques cada vez más frecuentes a judíos en Europa, y también en otros lugares, pueden atribuirse a estos esfuerzos mal dirigidos, muchas veces realizados por jóvenes musulmanes, para vengarse de Israel. La triste realidad es que la actitud actual de Israel no es sólo negativa para Estados Unidos, que sin duda lo es. No es sólo mala para la propia Israel, como reconocen muchos israelíes en silencio. La triste realidad es que, en el día de hoy, Israel es mala para los judíos.

En un mundo en el que, cada vez más, las naciones y las gentes se mezclan y unen según su propia voluntad; en el que los impedimentos culturales y nacionales a la comunicación se han colapsado; en el que cada vez más personas tienen identidades múltiples y se sentirían falsamente encorsetadas si tuvieran que elegir una de ellas; en un mundo así Israel es un anacronismo. Y no sólo un anacronismo sino además un Estado disfuncional. En el «choque de culturas» actual entre democracias abiertas y pluralistas y Estados étnicos intolerantes y beligerantes, Israel corre el serio peligro de situarse en el campo equivocado.

Conseguir la transformación de Israel de un Estado étnico a un Estado binacional no sería fácil, pero puede que no sea tan imposible como parece: el proceso ya ha comenzado *de facto*. Causaría muchos menos daños a judíos y árabes de lo que sus adversarios

políticos y religiosos afirman. En todo caso, nadie que yo conozca tiene una mejor idea: alguien que crea que la controvertida valla electrónica que se está construyendo va a solucionar los problemas no ha entendido la historia de los últimos 50 años. La valla –actualmente una zona blindada de zanjas, vallas, sensores, caminos de tierra (para rastrear las huellas), y un muro que llega a los 28 pies en algunos lugares– ocupa, divide y roba tierra de cultivo árabe; destroza pueblos, formas de sustento y todo lo que queda de la comunidad árabe-judía. Cuesta aproximadamente un millón de dólares por milla y no traerá más que humillación y malestar a ambas partes. Al igual que el muro de Berlín, no hace sino confirmar la bancarrota moral e institucional del régimen que intenta proteger.

Un Estado binacional en Oriente Medio necesitaría un liderazgo valiente y permanente de los Estados Unidos. La seguridad tanto de los judíos como de los árabes debería estar garantizada por las fuerzas internacionales –aunque un Estado binacional legítimo encontraría mucho más fácil controlar a los militantes de todo tipo que las fuerzas provenientes del exterior.⁵ Un Estado binacional en Oriente Medio requeriría la aparición, entre los judíos y entre los árabes, de una nueva clase política. Esta idea supone una mezcla poco prometedora de realismo y utopía, un lugar complicado desde el que empezar. Pero las alternativas son mucho, mucho peores ■

□ Traducción de Juan Pecourt Gracia

5. Como nota Burg, las políticas actuales de Israel son la mejor arma de los terroristas para reclutar a los suyos: «nos es indiferente la suerte de los niños palestinos, hambrientos y humillados; cómo podemos entonces sorprendernos cuando hacen volar un restaurante? Aunque matáramos 1000 terroristas al día nada cambiaría». Ver Burg, «La révolution sioniste est morte», art. cit.

El presidente norteamericano visita el Museo del Holocausto, en Jerusalén, junto a otros líderes políticos (Reuters)



